

## EL INCESANTE VACÍO DEL ÁTOMO

Marcelo Simonetti<sup>1</sup>

“Los físicos interpretan el universo como un vasto  
abanico de vibraciones, de ritmos. El arte se deja  
llevar por esos ritmos y los expresa. En cuanto hallamos  
el compás, el compás adecuado, nuestras ideas y  
nuestras palabras bailan con él, un baile circular al que  
todo el mundo puede sumarse. Y entonces soy tú,  
y caen las barreras. Por un rato.”

Ursula K. Le Guin

“Hay un país remoto en el fondo de todos los días.  
Siempre es el mismo  
(aunque sabemos que ya no existe).”

Rosabetty Muñoz

---

<sup>1</sup> Marcelo Simonetti Ugarte (Valparaíso, 1966) es escritor, periodista, dramaturgo y guionista. Ha publicado siete novelas, dos libros de cuentos y quince álbumes ilustrados. Ha sido ganador de los premios de La Felguera, por su cuento “El umbral” (España, 1999); Municipal de Santiago, por su libro de cuentos *El abanico de madame Czechowska* (Chile, 2003); Casa de América, por la novela *La traición de Borges* (España, 2005); Mejores Obras Literarias, por el volumen de cuentos *El disco de Newton* (Chile, 2014); Premio Marta Brunet, a la literatura infantil, por su libro *Las rayas del tigre* (Chile, 2019); ganó la Muestra Nacional de Dramaturgia por la obra *Nakamoto (Hiroshima/Santiago)* (Chile, 2020); Medalla Colibrí, en categoría poesía juvenil, por su libro *El secreto de los gatos* 2021; Medalla Colibrí, en categoría poesía infantil, por su libro *Marta y el mar* (Chile, 2022). Algunos de sus libros y cuentos han sido traducidos, al inglés, al portugués, al italiano y al búlgaro. Su última publicación es un álbum ilustrado: “Los migrantes”. Lanzado por la editorial española Kalandraka —premio a la mejor labor editorial en 2012—, fue ilustrado por la catalana María Girón.

“Respondí que lo sobrenatural,

si ocurre dos veces, deja de ser aterrador.

Le propuse que nos viéramos al día siguiente,  
en ese mismo banco que está en dos tiempos y en dos sitios.”

Jorge Luis Borges

1.

El último rastro de Ettore Majorana se pierde a mediados de los setenta en la boca de dos señoras sexuagenarias: Eleonora y Lilo Manzoni. Vivían en Buenos Aires y, un par de tardes a la semana, la mayor de ellas, Eleonora, que había estudiado matemáticas, mateaba con Majorana para hablar de ecuaciones, números y fórmulas, que era su forma de hablar de la existencia humana. No hay testimonios escritos de esos encuentros y, en rigor, solo una mujer, la viuda del escritor Miguel Ángel Asturias, dijo saber de esa amistad que volvía a la vida al célebre físico italiano, Ettore Majorana, desaparecido de manera misteriosa en Nápoles los primeros días de abril de 1938.

En un episodio confuso, la viuda cambiaría su versión, y el rastro de Majorana se extraviaría totalmente una vez que las hermanas Manzoni murieran sin hacer referencia alguna a ese amigo que tanto sabía de física y matemáticas.

Leonardo Sciacia, también italiano, escritor y ensayista, escribió el que fue, quizá, el mejor libro que da cuenta de esta historia: «La desaparición de Majorana».

Yo no soy Leonardo Sciacia.

Yo no escribí «La desaparición de Majorana».

Hace más de quince años había comenzado una novela en donde, después de medio siglo de su desaparición, hacía aparecer al físico italiano en un pequeño pueblito del sur, cerca de La Unión. Nunca terminé de escribir ese libro. A medio camino supe que un catalán ya había publicado esa novela.

2.

Cada tanto, regreso a Valparaíso, quizá la única patria que reconozco. Camino por sus calles intentando encontrar algún rastro de la ciudad en la que crecí. Deambulo por sus aceras alerta, atento a cualquier detalle que me permita volver de veras, aunque solo sean juegos de la imaginación: el olor a galletas horneadas de la fábrica Hucke, el silbido del viento sur que se desliza por las quebradas, las pizzas de La Riviera. Quiero que la ciudad me hable, que me susurre un secreto al oído, que me diga que sigue siendo la misma, que hay cosas que ni el tiempo puede doblegar, que hay

un orden que subyace oculto, un engranaje que rige el quehacer de la ciudad desde tiempos inmemoriales.

Cruzo la plaza Victoria, me interno en la galería Condell; los acuarios ya no están y la cartelera del cine no es la misma de entonces. Cuántas veces nos colamos con el corazón palpitante, anhelando ver una película para mayores. Cómo deseábamos el cuerpo de una mujer desnuda; qué digo el cuerpo, un fragmento de piel, un pezón, un poco de vello púbico. Y sin embargo, el intento no dejaba de ser una escaramuza, una aventura que se truncaba apenas comenzar, una vez que el boleterero entraba con la linterna para sacarnos de un ala de ese territorio prohibido.

En la Plaza Aníbal Pinto me encuentro con la fuente de Neptuno. Ya no tiene peces, pero el dios de los mares permanece ahí con su tridente, arrullado por el curso del agua. Pareciera estar ausente de los cambios que la ciudad ha vivido en los últimos años: cierto abandono, sus calles sucias, el cierre de almacenes emblemáticos, la palidez de la vida.

Recorro Prat, sus bancos –el banco donde mi padre trabajó largo tiempo: las puertas robustas, el piso de mármol–, sus veredas sombrías, sus oficinistas que corren entre un edificio y otro. Subo en ascensor al Paseo Yugoslavo y vuelvo a admirar el Palacio Baburizza; un cachalote elegante que quedó encallado en el cerro. Cuando era niño jugaba aquí, en la plaza contigua.

Todo resulta un poco frustrante.

Es imposible ver lo que me gustaría ver. Aun así hay algo que me empuja una y otra vez al regreso. Por unos segundos tengo la ilusión de que soy el de antes, el niño que corría imaginando mundos inexistentes, oyendo voces inventadas, sumido en la lógica del juego, mientras los barcos hacen sonar sus bocinas unos metros más allá y las gaviotas graznan sobrevolando los techos de los bancos. En este fragmento ínfimo de tiempo, tengo la sensación de que me he encontrado a mí mismo, que puedo tomar la cuerda con la que juega el niño que fui. Entonces, suspiro emocionado, aunque puede ser que no sea yo el que lo hace sino el niño que vuelve a jugar.

3.

Cuando entro a La Colombina, J. me espera junto a la ventana. Es un día de sol, un día de primavera. J. es una lectora voraz y fina. No le gustan los trucos, no le gustan los adjetivos, no le gustan las comas. Tiene una extraña fijación con las erratas. Leyendo «Tokio Blues», de Murakami, descubrió una que figuraba en las primeras ediciones del libro: uno de los personajes, en pleno años 60, escuchaba un CD –la errata fue enmendada en las ediciones posteriores–. Hablar con J. es, de alguna manera, entrar en otro mundo. Como si a partir de la conversación uno pudiera desaparecer del suelo que pisa para entrar en un territorio distinto. Si la humanidad estuviera dividida

en personas-planeta y personas-satélite, J. sería parte de las primeras; parece inevitable acercarse a ella y terminar girando a su alrededor.

Llevo días dándole vueltas a una idea sin animarme a ponerla en marcha. Si he quedado con J. en este restorán es precisamente porque ella puede aconsejarme. Escribir una novela no es una cuestión trivial, es casi una decisión de vida, es elegir un camino que recorrerás dos, tres o cinco años. Entonces surgen las dudas, las vacilaciones. Es cierto que hay escritores que antes de finalizar una novela ya están iniciando la otra (como esos fumadores que encienden el próximo cigarro con el que prácticamente les está quemando los dedos). No estoy dentro de ese grupo; me cuesta encontrar el tema de una novela y antes de hacerlo las dudas amenazan con paralizarme, más todavía en las circunstancias actuales.

J. me cuenta de sus días en Valparaíso, de cómo ella se ha ido acostumbrando al ritmo de la ciudad. Valparaíso es azul, a pesar del cemento, me dice (entonces pienso que debería volver, arrendar una casita pequeña que cuelgue de una quebrada y que tenga una ventana para ver la bahía y un pedacito cielo). En pocos meses ha descubierto que necesita el mar para vivir. A sus cuarenta y algo, decidió dejar atrás su vida en Santiago y mudarse a esta otra vida. La veo más joven, más luminosa, es como si hubiera vuelto a nacer.

Me pregunta en qué estoy. Prefiero omitir detalles de los últimos acontecimientos. Necesito escribir, le digo. Y luego le explico que hace quince años, tal vez más, abandoné una novela. Todo partió con un artículo de prensa que contaba la desaparición de Ettore Majorana.

4.

La nota aparecía en una revista; creo que era un número de «Cerdos y peces», una revista de la contracultura argentina que dirigía Enrique Syms. De ese artículo recuerdo tres cosas.

Primero: el retrato de Majorana. Vestía una chaqueta cruzada y corbata, el pelo perfectamente peinado. Casi un niño bueno con uniforme escolar. Había cierta incomodidad en el gesto, casi un desasosiego vital. O cuando menos, eso parecía.

Segundo: la impresión que me produjo el hecho de que Majorana hubiera desaparecido por propia voluntad y nadie, hasta ese día, hubiera podido afirmar qué fue lo que pasó con él.

Tercero: un episodio circunstancial ocurrido en esos mismos días. Mi hijo, Vicente, cursaba su segundo año en la escuela. La mayoría de sus compañeros eran nietos de abuelos que habían padecido en mayor o menor medida la persecución de la dictadura. Las mañanas de los lunes eran especiales porque Vicente y sus compañeros se sentaban alrededor de un círculo y se contaban lo que habían vivido el fin de semana. Uno de ellos contó una mañana que los huesos de su abuelo, que llevaba

desaparecido más de veinte años, habían sido encontrados junto a otros restos en una cuesta en las afueras de Santiago. Nos enteramos de lo ocurrido porque esa noche Vicente tuvo pesadillas. A medianoche se despertó angustiado. En el sueño Pinochet lo perseguía para matarlo.

Por fortuna, la pesadilla no se repitió. Quedó como parte del anecdotario familiar. En mi memoria, el sueño de Vicente quedó amarrado a esa nota de prensa sobre Majorana.

5.

Todos a quienes le cuento la historia de Ettore Majorana se muestran entre sorprendidos e incrédulos. Quizá si solo hubiera desaparecido, su historia no movería al asombro. Es su reaparición treinta años después y su nueva desaparición lo que inquieta y perturba. J. también se muestra sorprendida y cuando le cuento que debí abandonar la escritura de esa novela porque descubrí que otro autor, Jordi Bonells, ya había escrito la novela en la que yo estaba trabajando, su sorpresa es doble.

Ella enciende un cigarro. No pronuncia palabras antes de aspirar el humo y soltarlo.

Entonces me dice que mi novela es como Majorana. No entiendo, le digo. Y me desliza una frase que explica porque escribo lo que escribo: tu novela desapareció y luego de un tiempo, inexplicablemente, ha vuelto a aparecer; esperemos que no corra el mismo destino que Majorana.

6.

Es extraño escribir sobre alguien que voluntariamente desapareció en un país donde los desaparecidos tienen otra connotación. No soy del todo ajeno a esos episodios. Aunque para mí los últimos años de la Unidad Popular y los primeros días de la dictadura no tienen más que el recuerdo de las bombas lacrimógenas que me picaban en los ojos y de los miguelitos desperdigados por el pavimento para ponchar los neumáticos de los autos, por el lado de mi familia materna hubo persecución y muerte. Mi tío Floridor fue detenido y torturado; una vez libre debió huir del país. La tía Marta, a quien no conocí, se llevó la peor parte. Su cuerpo apareció en una playa del norte, con el rostro irreconocible. La habían tirado desde un helicóptero al mar, luego de amarrarla con alambres a un pedazo de riel. El mar la quiso devolver. Los diarios de entonces dieron cuenta del hecho a partir de titulares tramposos: «Hermosa joven aparece muerta en la playa». «Misterioso cadáver en la costa de Carrizal».

Si Marta Ugarte hubiera sido una tía cercana como la tía Pina, que respiraba carcajadas, o la tía Regina, guapa y fumadora como ella sola, yo no estaría escribiendo esto. Tal vez habría muerto en un enfrentamiento con los agentes de seguridad de la

dictadura; o habría partido a Suecia y habría hecho mi vida allá, en sueco; o sería un desaparecido más. Marta Ugarte se resistió a esa condición –a la de desaparecida a secas–. Con la complicidad del mar volvió a hacerse visible. Imagino la lucha que ese cuerpo sin vida dio para zafarse de las amarras. Trato de vislumbrar esa fuerza desconocida que permitió que el cuerpo de Marta emergiera de las profundidades. ¿Cómo fue eso posible?, ¿qué combinación azarosa permitió que solo ese cuerpo, y no los otros, alcanzara la superficie del mar y luego la arena de la playa?

Marta Ugarte volvió. Muerta. Desfigurada. Con fotos en la portada de algunos diarios. Recuerdo haber visto esas fotos hace años. Y ahora vuelvo a verlas mientras escribo. Los ojos abiertos de Marta, tan expresivos que ofrecían la ilusión de vida. Los hematomas en su rostro. La boca dispuesta en un mohín extraño; no es miedo, no es desesperación, no es rabia, ni siquiera es dolor. Sus dientes, sus dientes que blanquean en medio del infierno que supone esa puesta en escena preparada para los flashes de los fotógrafos.

Si ella hubiese sido en mi vida la que no fue, yo habría sido otro. Y quizá hoy no estaría escribiendo o queriendo escribir sobre Ettore Majorana.

7.

Vuelvo a interesarme en Majorana. Busco una hebra para volver a caminar por su historia. Aunque en verdad no sé si lo que quiero escribir es exactamente esto, una historia, contar una vida de principio a fin. Prefiero escribir al amparo de una luz, una luz que disponga la forma en que vaciar los materiales y le dé sentido a las partes.

Esa luz es la luz Majorana.

8.

Majorana fue una bengala en medio de la oscuridad. Una bengala que quizá en este mismo momento ilumina el futuro; nuestro futuro, el de todos. Trabajó al amparo del premio Nobel Enrico Fermi –quien luego se exilió en Estados Unidos y fue clave en el desarrollo de la bomba atómica–, como parte del grupo los rigazzi di via Panisperna. De entre ellos, Majorana era el más talentoso, la cabeza más lúcida de la joven física italiana.

A poco de conocer a Fermi dio muestra de su capacidad. En dos días, y luego de anotar en la servilleta de un café un par de fórmulas y ecuaciones, resolvió un problema que al propio Fermi –y, por extensión, al mundo entero– le había llevado años abordar con éxito. Luego de eso, solía competir con el Premio Nobel en la resolución de problemas. Mientras Fermi resolvía tiza en mano frente al pizarrón, Majorana lo hacía mentalmente, de espaldas al maestro. Cuando Fermi finalizaba, los alumnos que eran testigos de la contienda le preguntaban a Majorana si ya tenía el resultado.

Entonces, sin abandonar su posición de espaldas a la pizarra, verbalizaba el resultado. Invariablemente, siempre era el mismo al que su profesor había llegado escribiendo paso a paso los números que no podía retener en su memoria.

No había cumplido los 32 años cuando decidió desaparecer.

Envío una carta despidiéndose de su familia. En una de esas líneas decía: “No vistáis de negro. Si es por seguir la costumbre, poneos alguna señal de luto, pero no más de tres días. Luego, recordadme con vuestro corazón y, si podéis, perdonadme”. Pero poco tiempo después enviaba otra carta –que descartaba el suceso– pidiendo que no lo buscaran. Su rastro se perdió entonces. Treinta años después hubo gente que dijo haberlo visto en Buenos Aires. Entre ellas las hermanas Manzoni, con quien tomaba el té. También un físico chileno, Carlos Rivera Cruchaga.

9.

Iniciar una nueva vida nunca es fácil. Las mudanzas adelantan la novedad venidera y también la nostalgia, que a veces puede ser dolorosa. Estoy en mi nuevo departamento. El rumor del barrio se cuele por la ventana con delicadeza: un violín que suena algunos pisos más arriba, el olor de una panadería vecina, el ruido lejano de los autos. Ya no escucho a los zorzales ni el curso del estero contiguo ni veo al gato que se asomaba para espiarnos desde el patio. Tampoco escucho ni veo a Rebeca y Vicente. Me separé luego de veinticinco años de vivir juntos, de formar una familia. No hay mucho que contar salvo la constatación de que aquello que nos hacía vibrar como pareja había desaparecido. No hubo gritos ni platos que volaran por encima de nuestras cabezas ni llantos desgarrados. Los dos asumimos, aunque nos costó convencernos de ello, que el amor se había diluido y que era preferible cerrar la historia para darnos una nueva oportunidad en otros brazos, en otras bocas, en otras compañías.

Ahora soy un hombre solo que se ocupa de escribir y ordenar sus libros.

Después de mucho tiempo he vuelto a dar una lógica alfabética a los títulos que tengo esparcidos en tres librerías. En la letra «A» están Ackerman, Aira, Alarcón, Allen, Amat, Arcos, Arlt, Audeguy, Austen, Auster y Avello; en la «B», Baricco, Barnes, Benacquista, Benedetti, Bioy, Bolaño, Borges, Brontë y Bryce. Y así. El ejercicio ha servido para darme cuenta de que en la letra «S» hay una ausencia inevitable. Entre los títulos de Sciascia no figura «La desaparición de Majorana».

Aunque ocurre a menudo, no me gusta perder libros. Si bien, siempre está la posibilidad de volver a comprarlos, lo que resulta imposible es poder recuperar las anotaciones hechas en el momento de las primeras lecturas. Subrayo los libros con lápiz mina, marco las páginas que más me gustan con asteriscos y hago anotaciones en los márgenes. Me gusta encontrarme con esos apuntes porque vuelvo al lector que alguna vez fui. Es una forma de reencontrarme.

Pero ahora debo ocuparme de hallar la novela perdida de Sciascia.

10.

Una de las cosas que debo aprender para esta nueva vida: debo hablar más con Vicente. Lo escribo aquí para de verdad no olvidarlo. Hay un momento en que los padres comenzamos a aprender de nuestros hijos. Creo que el momento llegó.

Llamé a casa hace poco. Siempre pensé que sería raro volver a hablar con Vicente luego de irme, después de todo fue el fin de un proyecto que nos involucraba a los tres. Y sin embargo, ha sido tan refrescante. Me ha contado de sus planes con Iván, me ha dicho un par de cosas sobre Rebeca y me ha propuesto que vaya un día a casa para cocinarles (así ha conjugado el verbo, en el que supongo incluye a Rebeca y a mí). Le he dicho que sí, que voy a ir, que dejemos pasar un tiempo nada más. Sobre el final de nuestra conversación me ha dicho: “Viejo, disfruta la vida. No te preocupes por nosotros. Estamos bien. Solo nos preocupa que tú también lo estés. Te queremos. No te olvides nunca de eso”. Apenas corté el teléfono se me cayeron unos lagrimones. Benditos veintitrés años.

11.

El libro estaba en el lugar que me indicó Vicente, la caja en la que embalamos los discos. Ni él ni yo pudimos explicarnos en qué momento la novela de Sciascia fue a parar ahí. Releo el libro siguiendo las marcas y las anotaciones. Busco aquellas que iluminan frases como esta: “Una vez que se ha dado forma, esto es, que se ha revelado un misterio, en el orden del conocimiento o, en general, de la belleza, tanto en ciencia como en literatura o arte, no queda sino morir”. Me gusta encontrarme con esas marcas, es una forma de recuperar el ayer. Qué curioso. Mientras escribo me sorprende esa sincronía inversa. Majorana hizo todo lo posible por cortar las amarras que lo unían a su pasado, yo voy dejando marcas para no olvidarme de lo vivido.

12.

Vuelvo a escribir esta definición: ahora soy un hombre solo que se ocupa de escribir y ordenar sus libros. Lo hago para volver sobre la novela. Tengo varios capítulos escritos en un documento que lleva por nombre: “Majorana, la novela”. Esto que ahora escribo lo hago en un archivo que se titula: “Majorana, la luz”.

13.

Otra definición: ahora soy un hombre solo que sueña con ser jardinero.

En el minúsculo balconcito, he dispuesto tres macetas en las que he plantado un cactus cerebro –sobra que lo diga pero recibe su nombre por la similitud que tiene con

el cerebro humano—; una planta de marihuana, uno nunca sabe cuándo puede hacerte falta, y un boldo, que me obsequiaron en la última muestra nacional de dramaturgia.

Por las tardes las observo, como si fueran hijos o hijas a las cuales debo cuidar. Algunas noches he llegado a conversar con ellas. En esas conversaciones creo oírlas hablar en un lenguaje extraño, que no manejo, pero a ratos entiendo. Vuelvo a la definición: ahora soy un hombre solo que sueña con ser jardinero y manejar el lenguaje de las plantas.

Sé que es posible.

14.

He dejado de usar el auto. Ya no debo atravesar media ciudad para poder llegar a una reunión o visitar a algún amigo. Ahora me he convertido en una suerte de flâneur. Salgo del departamento y me dejo llevar por las calles confiado en que el destino me ofrecerá algo novedoso. Nunca hago la misma ruta, deambulo abierto a cualquier experiencia. Un día me quedé conversando con una señora que tiene una pequeña librería —me contó del barrio, de cuánto ella ama a los libros—; otro día entré a un café a preguntar qué era ese olor tan rico que salía desde su cocina, estaban haciendo facturitas, no me aguanté y me senté para comerme un par con un café bien cargado. Es una forma también de ir apropiándome del barrio y sus alrededores, de familiarizarme con el paisaje, con los árboles, con la gente.

15.

Rita maneja una carnicería aquí en el barrio, la conocí hace unos días. Le gusta fumar y cada vez que no hay clientes sale a la calle y prende un pucho. La carnicería se llama “La Negra”; vende hasta cabezas de chanco. Es difícil saber qué edad tiene Rita. Algunas arrugas revelan el paso del tiempo, pero no tiene canas y sus músculos siguen dando cuenta de la firmeza de antaño. Le calculo sesenta años muy bien llevados.

Para mí sorpresa, le encanta leer; no cualquier tipo de literatura. Lo suyo es la novela policial: Agatha Christie, Chandler, Simenon, Conan Doyle, Camilleri. Dice que si hubiera otra vida a ella le gustaría reencarnarse en Heredia, el detective de Ramón Díaz Eterovic.

Cuando le dije que no era habitual encontrar una carnicera lectora pareció molestarse. Pasaron unos segundos y me corrigió: “¡Una lectora carnicera!”.

Le comenté que yo también escribía. Aunque le dije que no hacía novela policial, igual se interesó. Quedé de llevarle uno de mis libros.

16.

Voy a escribir aquí cómo Rita se convirtió en carnicera. Me lo contó esta mañana. Trataré de impostar su voz, incluida su muletilla preferida: mijito. Salimos a la calle, ella prendió el quinto pucho del día e inició el relato: “Mi familia era pobre, muy pobre, mijito. Hubo semanas que sobrevivimos a punta de sopas, pan y té. Mi papá se las rebuscaba aceptando cualquier trabajo. Si había que pintar una casa, mi papá la pintaba. Si había que echarse un refrigerador al hombro, mi papá se lo echaba. Todo servía, mijito”. Apenas ella y su hermana tuvieron edad, salieron a buscar algún trabajo para ayudar a la economía familiar. La dueña de una carnicería se compadeció de Rita, que no debía tener más de quince años. Se quedó trabajando ahí, empaquetando las compras que hacían los clientes. Había veces en que no le pagaban en efectivo sino con un pedazo de costillar o un kilo de carne molida. “Esos días, mijito, eran días de fiesta en mi casa. Un lujito que nos dábamos”. Un día uno de los carniceros oficiales enfermó; así, de pronto. No tenían de dónde sacar un reemplazante. “Como desde chiquitita fui avispa, yo misma me ofrecí para ocupar su puesto. ¿Y qué vai a saber tú de cortes, pendeja agrandá?, me dijo el otro carnicero. Y ahí mismo yo tomé el cuchillo y le saqué la grasa a una plateada en un dos por tres. Es que yo era sapa y sapeando aprendía”. Nunca más volvió a envolver carne. Se enamoró del oficio: del poder de los cuchillos, del olor a carne fresca, de los cadáveres que llegaban desde los frigoríficos y que ella a veces tenía que despostar en las salas de frío. “Es un arte terrible de brígido el de los carniceros y carniceras, mijito. No cualquiera convierte un cadáver en una apetitosa chuleta o en un costillar que te haga agua la boca”.

Ahora tiene su propia carnicería y, tal como ocurría hace cuatro décadas o más, sigue sintiendo un placer difícil de explicar cada vez que con el cuchillo abre las carnes de cualquier animal muerto.

17.

Leo una cita de Thoreau: “Exijo de todo escritor, antes o después, un relato sencillo y sincero de su propia vida, y no sólo lo que ha oído de las vidas de otros hombres; un relato como el que enviaría a sus parientes desde una tierra lejana, porque si ha vivido sinceramente, tiene que haber sido en una tierra lejana para mí”.

Me permitiré disentir de Thoreau en esta mañana luminosa que se cuele por la ventana. ¿Por qué limitar la escritura a la vida propia aun sabiendo que nuestra vida muchas veces es un constructo cuya autoría no es solo propia, sino también de los otros? ¿Acaso no es preferible salir de uno mismo, sacudirse de las estructuras que nos han ido moldeando a lo largo de la vida, y que muchas veces nos han sido impuestas, para, despojado de todo, escribir desde un yo que quizá no tenga demasiado que ver con lo que he vivido?

A mí me gusta pensar la escritura como un acto de descubrimiento, el avance por un territorio desconocido, ajeno, en el que de a poco van apareciendo los personajes. En el afán de conocer sus caracteres, de ver al trasluz su espíritu, la fuerza que los mueve o los paraliza, la escritura va fluyendo. No hay una imposición de parte del autor, es él quien se desestructura para dar vida a esas existencias ajenas en las que, de tanto en tanto, también puede descubrirse a sí mismo. Ese ejercicio resulta vital para la escritura de una historia, para que los personajes cobren vida, y aunque esto que escribo no sea una historia, intentaré a ratos tratar de interpretar, como el actor en el escenario, a los personajes que vayan apareciendo en el camino.

18.

Cuando escribió “La desaparición de Majorana”, Sciascia investigó largamente, se sumergió en documentos, entrevistó a personas que pudieron haber tenido relación con Majorana, y durante algunas tardes, debió sentarse en el sofá de su casa con vista a las aguas de Palermo para imaginar qué pudo haber pensado el físico italiano en esos extraños días de fines de marzo de 1938. ¿Cuántas veces debió reconstruir en su mente el viaje que hizo entre Nápoles y Palermo arriba de un ferry?, ¿cuántas veces debió imaginar lo que pudo pasar por su cabeza en ese entonces?

Con todo, el libro de Leonardo Sciascia ofrece algunas pistas de lo que pudo haber ocurrido con Ettore Majorana. Despejada la tesis del suicidio –alentada por la primera carta que envió a sus familiares–, Sciascia deslizó la posibilidad de que él pudo haberse recluido en un convento. De hecho, esa fue la teoría que manejaban sus familiares, apoyados en un testimonio recogido por la madre de Ettore. Ella se entrevistó con un jesuita, el padre De Francesco, miembro de la congregación del convento del Nuevo Jesús. La madre le mostró una foto de su hijo y el religioso reconoció en él al joven que los últimos días de marzo o los primeros de abril se había presentado a las puertas del monasterio solicitando se le permitiera ingresar para experimentar la vida religiosa. De Francesco recordaba la agitación del muchacho, quien, luego de advertir las trabas burocráticas que dificultaban su ingreso, dio las gracias, se disculpó y se fue. No sería extraño que lo que afirmó De Francesco haya sido cierto –un religioso no tendría por qué mentir en una situación como esa–, porque el hotel Bologna –donde se alojaba Majorana–, el Instituto de Física –donde daba clases– y el convento en cuestión estaban a pocos minutos, unidos por una ruta que el físico italiano hacía a diario. Por lo mismo, los familiares de Majorana fueron tan insistentes e instaron a la policía para que lo buscaran no solo en los conventos de Nápoles y alrededores, también en todos los del sur y del centro de Italia.

Las últimas pistas de Majorana pueden resumirse como sigue: la noche del 25 de marzo de 1938 viajó entre Nápoles y Palermo en ferry y luego hizo el viaje de vuelta en una embarcación de la misma naviera –Transportes Tirrenia–. Los primeros días de abril una enfermera que lo conocía asegura haberlo visto caminando por la vía Santa Lucía, en Nápoles. Ese testimonio es el último rastro que ofrece la investigación policial. Luego de eso su paradero es un misterio.

La policía terminó por cerrar el caso, aunque desde el comienzo abrazó la idea del suicidio. Es más, la carpeta investigativa llevaba por título: “Desaparición con propósito de suicidio”. Nunca creyó que él siguiera vivo. Más allá de esto, ¿cómo fue posible que nadie volviera a saber de él en Italia y, décadas más tarde, haya quienes dicen haberlo conocido en Buenos Aires?

19.

Ahora que pienso en Majorana y trato de situarme dentro de su cabeza no puedo evitar que llegue a mí el inicio de “La vida es sueño”, el soliloquio de Segismundo: “¡Ay mísero de mí, y ay infelice! Apurar, cielos, pretendo, ya que me tratáis así, qué delito cometí contra vosotros naciendo. Aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido; bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor, pues el delito mayor del hombre es haber nacido”.

Sé que no es al verdadero Majorana el que voy dibujando a partir de los versos de Calderón de la Barca; el que dibujo en mi imaginación es apenas un Majorana posible, un Majorana probable. Aunque el gran enigma está marcado por saber qué fue de él, para mí es importante tratar de entenderlo, intentar vanamente pensar como él pudo pensar; algo imposible porque ni por mucho que me empeñe podría llegar a establecer las relaciones, las analogías y las deducciones que pudieron poblar la cabeza de un físico de la talla de Majorana. Alguna vez leí a un escritor que decía que la escritura parte de una derrota implícita: la imposibilidad de poder replicar en el papel, a partir de las grafías, las experiencias de vida. Y tal vez sea precisamente eso lo que nos empuja a reincidir una y otra vez en contar una historia —o una no historia—, la utopía de revertir esa derrota inicial.

20.

La ciudad parece dormir. Yo no puedo. Releo “Soldados de Salamina”, de Javier Cercas. El libro rescata un episodio perdido en los últimos días de la Guerra Civil de España: el ajusticiamiento fallido de uno de los fundadores de La Falange, el poeta y escritor Rafael Sánchez Mazas. En el libro, Cercas incluye un encuentro con Bolaño —encuentro que resultará clave para que él pueda terminar de escribir la novela—. En ese encuentro, Bolaño cuenta algo que a medida que lo releo asoma como una epifanía. Le habían diagnosticado una pancreatitis, diagnóstico que escuchó como si se tratara de una sentencia de muerte; de hecho, lo era. Pero cuando Bolaño le preguntó al médico si se iba a morir, sabiendo perfectamente cuál era la respuesta, el médico le dijo, acariciándole el brazo, que no, “con la voz con que se dicen siempre las mentiras” —escribe Cercas—. Esa noche a Bolaño lo gobernó una tristeza infinita no tanto por tener la certeza de que habría de morir sino por todos los libros que ya tenía en mente y que

no iba a poder escribir. En esos libros, Bolaño había proyectado resucitar a todos sus amigos muertos, a todos los jóvenes latinoamericanos que habían perdido sus vidas en guerras cuyo destino ya estaba escrito con antelación. La historia de Bolaño, en la novela de Cercas, termina bien, porque esa noche sueña un sueño extraño, en donde él batalla contra un luchador de sumo, una suerte de Goliat, al que él le da pelea sin desfallecer. Entonces, cuando despierta, Bolaño sabe “con una alegría sobrehumana que no había vuelto a experimentar nunca, que no iba a morir”, apunta Cercas. ¿Para qué otra cosa podría servir la literatura sino es para volver a la vida aquellas historias que están condenadas a desaparecer? ¿Para qué otra cosa escribimos sino es para hacer visible aquello que el tiempo o los otros intentan borrar con una cuota de desidia o de intolerancia, sino de abierta barbarie? Creo que si nadie hubiera escrito alguna vez sobre Ettore Majorana su historia habría quedado sepultada, en el olvido. Tal vez lo que cabe preguntarse es qué vio en esa historia Sciascia, qué vio Jordi Bonells –el autor de “La segunda desaparición de Majorana”–; incluso qué pude haber visto yo hace más de quince años y qué estoy viendo ahora.

21.

Cuando comencé a pensar la novela que no escribí hace más de quince años, había una escena a la que volvía recurrentemente –tal vez debería escribir “vuelvo”, porque ahora que la idea ha regresado la escena sigue dibujándose en mi mente de una manera casi teatral–. Supongo que en ella había o hay algo que aún no he podido descifrar y que ha permitido que permanezca en mí evitando que el tiempo se la lleve al lugar donde van a dar todas esas cosas que hemos olvidado (alguien debiera organizar, pronto, en un futuro inmediato, un viaje, una expedición, en busca de esa isla donde están almacenadas esas cosas olvidadas).

En esa escena, Ettore Majorana, largo y flaco como un zancudo, una suerte de Julio Cortázar del mundo de la física, imparte clases en un pueblito del sur de Chile. En mi imaginación ese pueblito está perdido hacia la cordillera y es de un verdor que ciega y los pájaros cantan y se escucha el transcurrir de un río y a veces hay vacas que mugen y gallos que cantan al alba y el olor del pan amasado que termina de cocerse en un horno de barro funciona como el mejor despertador. No tengo claro qué año es, pero ha pasado mucho tiempo desde su desaparición en 1938. Majorana prácticamente no ha envejecido, sigue siendo el mismo que vi en esa foto de la revista “Cerdos y Peces”, el pelo profundamente negro, la mirada incómoda, un semblante poco expresivo. Es como si la desaparición hubiese sido solo un paréntesis, una tregua, y entre los primeros días de abril de 1938 y el presente de la novela el tiempo se hubiera detenido para él, como si inevitablemente Majorana continuara siendo joven y pudiera, al día siguiente, mandar todo al carajo y reiniciar su vida en otro lugar del mundo, de una

manera totalmente diferente (no hay mejor índice de la juventud de una persona que la posibilidad de mandar todo al carajo y reiniciar su vida en otro lugar del mundo).

Majorana escribe sobre una pizarra negra diferentes fórmulas numéricas. Los alumnos, sentados en esos pupitres antiguos, de madera, siguen la mano del físico italiano mientras dibuja con una tiza blanca ecuaciones y algoritmos. Por la ventana se ve un bosque de ñirres que se mecen suavemente merced al viento que baja desde la cordillera. Los niños no lo ven porque están absortos en las fórmulas que el profesor Majorana despliega frente a ellos. Entonces, un niño le pregunta algo que no tiene demasiada relación con la materia que Majorana intenta explicar, una pregunta casi extemporánea, pero que para el niño parece de gran importancia. Ettore, que acaba de escuchar la pregunta de espaldas a sus alumnos, se voltea y busca con la mirada al adolescente, y mientras procesa la respuesta en su interior vuelve a su propia adolescencia, a sus propios fantasmas, a su particular manera de observar el mundo, y le entrega al muchacho un manojo de palabras articuladas, palabras que el adolescente no olvidará nunca, que las llevará consigo dentro del bolsillo de su pantalón, casi como un amuleto, y que por las noches, antes de dormir, dejará sobre la cubierta del velador, para que siempre estén ahí, a la mano, cada vez que las necesite.

No sé bien qué pregunta es la que le hace el muchacho, solo sé que él jamás olvidará las palabras que Ettore Majorana le entrega como respuesta. Por eso, cuando muchos años después Majorana muera en ese mismo pueblito, y él se entere de su muerte estando lejos y regrese para llorar mientras el cajón se interna, teloneado por una lluvia finísima, dentro de un rectángulo profundo que han hecho en la tierra a los pies de uno de los ñirres, el muchacho tomará una decisión que se consumará unos años después: publicar una novela que cuente la historia de ese enigmático profesor, quien le dedicó en un momento aciago de su existencia unas palabras que conserva hasta el día de hoy y que son precisamente las que abren la novela.

A veces pienso que si he vuelto a seguir esa luz que me habla de Majorana es con el único fin de saber cuáles fueron las palabras exactas que el físico italiano le dijo a ese muchacho.